



LOS SIGNOS DEL ESPÍRITU DE JESUS

Fili, diligenter adverte motus naturae et gratiae, quia valde contraria et subtiliter moventur; et vix nisi a spirituale et intimo illuminato homine, discernuntur.

«Advierte con cuidado, hijo mío, los movimientos de la naturaleza y de la gracia; porque son muy sutiles y contrarios, y apenas pueden ser discernidos sino por el hombre espiritual, interiormente ilustrado.»

(MIR., lib. III, cap. LIV.)

Dos son las vidas que hay en nosotros: la vida natural y la sobrenatural, una de las cuales ha de dominar necesariamente en nosotros. Cuando nos domina la primera, somos culpables; cuando la segunda, todo está ordenado y santificado por ella: la cual da su propio lugar a todas las cosas, y las corrige y purifica. Nuestra virtud consiste en mantener viva y fuerte esta vida sobrenatural. Es necesario que sepamos cuál es el espíritu de que somos animados: si el espíritu de la

gracia ó el de la naturaleza. Hay momentos en que es muy difícil discernir cuál es, pues ambos luchan en nosotros; pero el resultado de esta lucha nos dirá cuál es el espíritu que nos mueve, cuál la vida que domina en nuestra alma.

Todas las cosas en el mundo sirven á la vida natural, la sustentan, exaltan y glorifican; pero si queremos vivir de Dios, es necesario que mantengamos y aumentemos en nosotros, con todas nuestras obras, por todos los medios posibles, la vida sobrenatural.

Si quisierais distinguir los varios movimientos de cada una de estas dos vidas, os aconsejaría que acudirais al capítulo LIV de *La Imitación*: solamente la humildad y la delicadeza de conciencia nos ilustran acerca de los defectos allí enumerados. Pero la prudencia debe regir todas las cosas. En nosotros está el germen de todas las malas inclinaciones, pero en la práctica no incurrimos en todos los defectos. Pidamos á Dios la gracia de conocer los nuestros y de enmendarlos de ellos, y esforcémonos á conseguirlo sin turbarnos sin afanarnos, que si somos fieles á la gracia de Dios, ella hará triunfar la vida de Jesús en nosotros.

He aquí los signos de la vida sobrenatural cuando está sólidamente arraigada en nuestra alma y dirige nuestra conducta:

1.º Ante todo la vida de Jesús domina la conciencia, la purifica, la aparta del pecado, no se une á las conciencias dudosas ó culpables. Examinemos si Jesús vive en nosotros mediante la delicadeza de nuestra conciencia. Si no aborrecemos el pecado, el espíritu de Jesús no está con nosotros. Es necesario que nuestra conciencia esté libre y que sea pura, que el enemigo esté de tal modo sujeto, que no pue-

da turbar la limpidez de la conciencia. Para conseguir este bien es necesario hacer uso de la violencia, y emplearla al principio contra nosotros mismos y contra el pecado, que la dulzura vendrá después. Luego diremos cuáles son los caracteres de esta violencia. Veamos, pues, si nos aflige el haber pecado. Si no nos afligimos de haberlo cometido, extranjeros seremos solamente, no hijos de familia. Si no sentimos dolor de haber ofendido y afligido á Nuestro Señor, de haber levantado entre Él y nosotros una barrera que nos impide conversar con Él, nuestro corazón está muerto.

2.º Vive en nosotros Nuestro Señor cuando no sólo está en Él nuestra voluntad para huir el pecado, lo cual basta para obtener la salud, sino también para hacer en todo la suya santísima.

Sin embargo, aun en este último estado se dan casos en que la voluntad lucha contra el pecado, en que vacila y es inclinada al mal por la tentación, en que es oscurecida y trastornada. No se trata entonces de experimentar sentimientos buenos, sino de afirmar la voluntad contra el pecado, y contra los más graves pecados. Tal estado lo permite Dios: los Santos unas veces están con los querubines y otras con los demonios. Quiere que no nos olvidemos enteramente de la conciencia; y como la dulzura en su santo servicio nos induce á perderla de vista, y el corazón hace que nos olvidemos del combate, envía estas tentaciones que se dirigen directamente contra la voluntad. Entonces el orgullo cede: el alma duda de todo cuanto ha hecho, y se cree tan pobre y flaca que vendría á caer si Dios no la tuviera como por la mano. Todo esto es muy provechoso, porque el alma se humilla: conviene que conozca su miseria

y que tema, para huir la familiaridad de la pereza. Semejantes estados son más duros que el temor positivo del infierno. El alma llora en la presencia de Dios, y padece tanto más cuanto más ama y más amada es de Dios. Pero Dios nos deja en tal estado hasta que nos convencemos de nuestra propia miseria. ¡Á qué extremo he venido! dice el alma entonces. ¡Hasta dónde no habría llegado si Dios no me hubiera sostenido! Este acto de humildad nos repone y nos rehabilita: Dios se da por contento y todo sucede en nosotros según el orden debido.

En tales estados es preciso esperar, que ya pasarán. ¿Acaso sois cada vez mejores? Pues entonces necesario es que os purifiquéis. Esto sucederá en la hora de Dios. Cuando llegue ese momento, abrazaos á la cruz, recurrid á la oración: éste no es tiempo de huir. Hay almas que vienen á este estado tan pronto como cometen algún pecado con el corazón, con el afecto: de esta manera las purifica Dios.

Acaso diréis que estas almas son culpables y que por su culpa pasan por tales pruebas. De ningún modo: todavía no estamos en el paraíso. Podrá haber falta en ellas, pero Dios toma ocasión de tales faltas para excitarlas á que progresen más rápidamente, para hacerlas salir de la sangre y de las lágrimas, para despejar el campo.

Pero volvamos al punto que más arriba hemos procurado investigar: ¿cuál es el segundo signo de que Nuestro Señor vive en nosotros? Además de los estados de que acabamos de hablar, este signo consiste en que nuestra voluntad esté del todo unida á la suya. Avivemos, pues, y fortalezcamos en nuestra adoración y en nuestras oraciones esta voluntad de ser de Dios, poniéndola constantemente en sus

manos, y poniéndola para que Él disponga de ella ahora y siempre según su divino beneplácito.

Porque es grave defecto de la piedad el concretarse á desear alguna cosa determinada, pues en faltando esa cosa y ofreciéndose otras circunstancias, ya no está pronta nuestra voluntad. Es preciso que nos demos por completo y en todas las cosas. Aunque Dios no nos pida cosa alguna en el momento presente, no importa: suyos somos y debemos esperar á que nos hable. Este es el verdadero signo de la vida de Jesús en nuestra voluntad. De esta manera viviréis en la vida de Dios: la vida sobrenatural, la vida en Dios es vida de la voluntad; y lo que el hombre acepta voluntariamente es lo mismo en la presencia de Dios que si lo llevara á cabo; el hombre contrae el mérito de todo cuanto ha deseado: estar en manos de Dios es obrar.

El día en que Dios nos manifieste su voluntad, estemos prontos á cumplirla. Poco importa que la naturaleza se preste ó se niegue: en conociendo la voluntad de Dios, á cumplirla se apresura el alma. Siempre estará contento el hombre espiritual, sean cuales fueren los sacrificios que Dios le exija. La naturaleza se doma con el castigo: necesario es que adelante; si se niega á avanzar, castigadla duramente.

Si sois débiles, os derribará; pero en viéndoos fuertes, avanzará aunque le cueste trabajo. Huyamos de investigar qué es lo que hemos de hacer en tal ó cuál caso. Antes por el contrario, estad siempre en las manos de Dios. No os reservéis tiempo alguno, que en el cielo no hay momento libre. Los reglamentos prescriben sin duda los ejercicios que hemos de practicar en tiempos fijos; pero

en los intervalos estad siempre dispuestos á hacer la voluntad de Dios.

Es asimismo imprudencia querer saber de antemano cuáles son los sacrificios que Dios nos va á pedir en lo sucesivo: semejante conducta es como la del que desea combatir sin armas. Esperad á que Dios os los pida, que al mismo tiempo os dará la gracia que necesitáis para llevarlos á cabo. Dejad en sus manos lo que habéis de hacer; permaneced en el centro de su divina voluntad y no os cuidéis de las buenas obras que pudierais practicar fuera de este divino querer. Cuando Dios no os pida cosa ninguna, nada hagáis, porque en tal caso quiere que descanséis, que durmáis á sus pies.

3.º ¿Cuándo podemos decir que Jesucristo vive en nuestro corazón? Cuando el corazón sólo halla contento y alegría en Dios. Esta alegría no siempre la sentimos, porque á veces está crucificada: nace de amar á Dios sobre todas las cosas; el corazón que vive vida divina llega á vivir más de aflicción que de alegría, y acaba por amar su pasión y su cruz por Dios. La dicha de este corazón, así en la alegría como en el dolor, consiste en ser de Dios; y no vive en sí, sino en Dios.

El signo de que el corazón vive de Dios no siempre es fácil de reconocer. Para que su amor sea cada vez mayor, Dios permite que el corazón se vea á menudo en tinieblas y que crea que no le ama bastante. Entonces se excita á amar todavía más, y como nunca cree que lo consigue, se esfuerza á acrecentar más y más su amor.

4.º Respecto del espíritu, es esto más fácil: aun podemos saber de cierto cuándo el espíritu vive en Dios. La certeza de su vida sobrenatural es

prueba de que la voluntad y el corazón viven de Dios, porque el espíritu es quien les ofrece los motivos y pensamientos que los conservan en la vida divina, y es como la leña que alimenta al fuego. Ahora bien; tener el espíritu en Dios es pensar en Él con pensamiento fijo, dominante, fecundo. ¿Pensáis habitualmente en Dios? Si así es, Jesucristo está en vuestro espíritu y en él vive, porque está en él como Legislador y Señor.

Si el espíritu no vive en Dios y no alimenta la vida sobrenatural, sólo sentirá el corazón algún impulso y la voluntad algún transporte; pero si la sostiene, la vida será sólida y permanente. Las almas piadosas deben, pues, leer, meditar, proveerse de luz y fortaleza. Y cuanto más interior es el alma, tanto más instruída debe ser por medio de la lectura, ó de la meditación, ó del mismo Dios. De aquí que hay multitud de cristianos que por no pensar nunca en tales cosas, sólo son honrados, pero no verdaderos amantes de Jesús. Hay cierta piedad pueril que nunca piensa en Nuestro Señor, mas que por medio de representaciones que pronto se desvanecen: estas almas deben ejercitarse en hacer sacrificios personales: como no saben meditar, sólo se les ocurre pedir gracias muy concretas y accidentales. Jamás piensan en Nuestro Señor, ni saben pedir su amor, ni la gracia de la vida interior; sólo piensan en hacer buenas obras; pero en el mismo Dios, en el principio de su amor, en sus perfecciones, nunca. Tales almas vuelan á poca altura; viven fuera de la vida sobrenatural del espíritu. De aquí que muchas doncellas que eran ángeles de piedad en casa de sus padres, tan pronto como contraen matrimonio, no pasan de ser cristianas vulgares. La

razón es porque toda su piedad consiste en las prácticas exteriores de devoción: siendo imposibles estas prácticas en el nuevo estado, su piedad ha desaparecido.

Es, pues, necesario amar y conocer á Jesucristo en Él mismo, y conociéndole y amándole así, es indiferente practicar este ó aquel ejercicio: la parte exterior, el calor de la vida puede mudarse, pero el fondo íntimo y verdadero de ella permanece siempre.

Mas ¿por qué no aman muchos á Jesucristo por sí mismo? Porque Nuestro Señor es severo; porque nunca se satisface, pues es fuego devorador que siempre reclama nuevo alimento. Temen á Nuestro Señor, y por eso es tan rara la vocación de adorador. Cuando la piedad consiste en las prácticas, una vez cumplidos estos deberes, ya no hay más que hacer; pero no sucede así con Nuestro Señor, que siempre nos exige más, sin que podamos nunca decirle basta. Es tan perfecto, que vemos cuán lejos estamos de asemejarnos á Él.

Esta es, pues, la balanza de la vida sobrenatural. ¿Dónde está la vida de Nuestro Señor en vosotros? ¿Se aparta de vosotros Nuestro Señor ó penetra cada vez más en vuestra alma? Esto lo conoceréis según que sintáis en ella calor ó frío. Lleguemos, pues, á vivir la vida de desasimiento y renuncia de nosotros mismos, porque esta es la vida de Jesús en el Santísimo Sacramento que se da, se despoja y se anada allí incesantemente, y viva sólo Jesús en nuestras almas.

II

Dijimos, al analizar el primer signo de la vida sobrenatural, que es preciso que seamos fuertes contra el pecado, fuertes contra nosotros mismos. La piedad es sólo como leche; necesitamos de fortaleza para alcanzar la victoria. El reposo prolongado enerva, el ejercicio aumenta las fuerzas y nos hace aguerridos. La piedad que no quiere emplear la fuerza, que no usa de la violencia, es falsa piedad.

1.º Hay cierto modo de violencia, que es necesario usar contra las pasiones. Esta violencia no es la fuerza que nace de la razón: el que discute con quien intenta seducirle, ya está perdido: alguna consideración le muestra cuando consiente en discutir con él. Es necesario emplear esta violencia contra el mundo y contra nosotros mismos: hemos de ser crueles, intolerantes, como lo es la vida religiosa, que rompe todo linaje de relaciones con la carne y con la sangre. Lejos de nosotros la tolerancia: nada de tolerancias con el enemigo. «No he venido á traer la paz, sino la espada», dice el Salvador; espada que corta el hilo que une al hijo con su padre, á la hija con su madre, al hombre consigo mismo. Jesucristo fué el primero que sacó la espada contra los fariseos, contra los sensuales, contra los hipócritas: nos ha dejado su espada en el mundo, y nosotros debemos recogerla. Con una parte de ella basta: tomadla. Esta espada está muy bien templada en la sangre de Jesús y en el fuego de lo alto. El reino de los cielos padece violencia y sólo los violentos lo arrebatan: *rapiunt illud*. Jesús quiere, pues, que los hombres sean, en orden al cielo, violentos, duros, sal-

teadores, capaces de todo, que declaren y sostengan por su nombre guerra mortal, que aborrezcan á su propio padre, á su madre, á todos los hombres; es decir, al pecado, no á las personas. Guerra del hombre contra si mismo, contra los siete pecados capitales en si mismo, ó lo que es lo mismo, contra las tres maneras de concupiscencia. Es necesario llegar al corazón, cortar la raíz, que nunca se arranca del todo.

¡Qué violento combate! Siempre es necesario empezar de nuevo; la victoria de hoy no asegura el éxito para el día de mañana: aunque hoy vencamos, acaso mañana nos hallemos cargados de cadenas. El suspender la pelea basta para preparar nuestra derrota; los vencedores son aquellos que jamás dejan de combatir. Es necesario escalar el cielo, tomarlo por asalto. Muchos conocen esta verdad, pero no tienen valor para aceptar el combate, y por eso sus obras están en contradicción con sus palabras, y son siervos de sus pasiones. Mirad, si no, á Herodes oyendo con gusto á San Juan Bautista mientras el precursor le hablaba del reino de Dios en general; pero desde el punto en que empezó á combatir la pasión impura de aquel Rey, éste, olvidándose de todo, montó en cólera y llegó hasta quitar la vida á San Juan. En el mundo son muchas las vocaciones religiosas, pero falta el valor para dar el golpe, y dar el primer golpe es todavía más trabajoso que dar el paso decisivo. El fondo de nuestra naturaleza es debilidad; los vicios no son sino cobardía. El mismo orgullo es más cobarde que todo cuanto puede imaginarse: vive encadenado y quiere parecer libre sin romper las cadenas. Se vanagloria de su misma esclavitud.

La piedad tiene que sostener esta batalla; es tan

ruda la lucha, tan numerosas son las ocasiones de obtener méritos y alcanzar victorias, que si no faltara el valor necesario para combatir generosamente y sin flaquear, el mundo estaría poblado de Santos. ¡Pero falta ese valor!

En la vida religiosa hay que luchar contra las pasiones. En esta lucha penetra el mundo más que lo que se cree, pues en el ambiente está su espíritu, y este mismo espíritu se introduce en nosotros por los sentidos. Los malos conocen como por instinto á los malos; los buenos también sienten su influencia, pero según sus defectos y flaquezas: pronto se establece la corriente entre unos y otros.

2.º Además de esta fuerza bruta, es necesario ejercitar la paciencia. Ya os hayáis decidido á vivir piadosamente en el mundo, ya hayáis abrazado la vida religiosa, habéis dado el paso más importante, habéis cortado el nudo gordiano con la espada de Cristo. Cantad un himno de victoria, porque habéis pasado el mar Rojo; pero necesitáis de mucha paciencia para atravesar el desierto. Esta paciencia faltó á los judíos, y se rebelaron contra el mismo Dios.

Tened presente que la verdadera fuerza no es aquella que después de dar un gran golpe se detiene, sino la que continúa combatiendo y defendiéndose sin cesar. Esta fuerza es la misma humildad, que nunca se entrega ni se desanima. Débil y prostrada, mira al cielo, pide auxilio á Dios y entonces se torna fuerte con la fortaleza del mismo Dios. Antes que la liebre llegó la tortuga de la fábula. Así el varón generoso que trabaja sin tregua ni descanso, aunque esté agobiado por las pasiones y plagado de faltas, llega antes que otro más virtuoso y con me-

nos vicios que vencer, pero que quiera descansar después de haber trabajado. Serán vencidos aquellos que duerman tranquilos despreciando los combates diarios y esperando que se presenten ocasiones solemnes para combatir. Así la vocación naciente que no ejercita la paciencia, pronto se desvanece, por que la impaciencia corrompe todo cuanto emprende. Quiere desembarazarse de todos los obstáculos; pero en el fondo de este celo, hermoso en la apariencia, lo que hay es pereza que sólo desea acabar para descansar. Esta es la tentación ordinaria de los que dominan; su fuente está en el orgullo y en la pereza. Quieren librarse de una cosa que ya han tratado y resuelto en su espíritu: os consultan y preguntan; vosotros respondéis con impaciencia: sabéis ya lo que quieren decirnos. El que os consulta necesita de luz, pero vosotros miráis a vosotros mismos, no a su necesidad. Esta es la impaciencia. El hombre paciente, por el contrario, escucha, ve al enemigo, le mira atentamente y le responde con precisión. No muestra que quiere acabar pronto; sabe dónde ha de dar el golpe; espera la gracia y deja tiempo para que venga.

Esta paciencia la necesitamos todos para luchar durante la vida. ¿Qué son sin ella la esperanza y la dulzura en el servicio de Dios? Muchas son las gracias que habéis recibido, pero sólo mediante la paciencia producirán abundantes frutos. Fácil cosa es hacer actos de paciencia; pero ser siempre fuerte y paciente en un combate incesante y que ha de durar toda la vida, ¡cuántas dificultades ofrece!

Lo único que Nuestro Señor nos exige es fidelidad y sacrificio. Dios nos vuelve siempre a los principios, deshace nuestra obra; siempre tenemos que volver

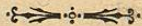
a empezar: nuestras obras nunca son del todo perfectas a sus ojos. Pero lo que nos importa conservar es la paciencia, y con ella llegamos felizmente al término. El santo Job se ve privado de todos sus bienes, pero no pierde la paciencia. Esta es la prenda de su corona: «No perdió la paciencia.» *In omnibus his non peccavit Job labiis suis, neque stultum quid contra Deum locutus est.*

En este incesante combate el alma se impacienta y se desanima. Esto es lo que el demonio desea; con nuestra impaciencia se da por satisfecho. Examinad vuestra conciencia y veréis que de aquí proceden casi todos vuestros pecados, es decir, los pecados interiores. Parece duro no salir con nuestro intento y todo lo dejaríamos, si pudiéramos. La paciencia es la humildad del amor de Dios. Nada puedo, mas todo lo puedo en aquel que me da fuerza: yo nada, la gracia todo. Es necesario saber aprovecharse del tiempo é introducirse en la tierra para crecer. Guardaos, pues, de perder el ánimo, que el desfallecimiento es la fuente de casi todas vuestras faltas.

Es además necesario recibir con paciencia las pruebas que nos vienen de la mano de Dios, mas aún que las que proceden de nosotros mismos. En el Evangelio vemos que el árbol que lleva fruto será podado para que produzca más todavía; y cuando se le hace este beneficio, se le corta, y en la apariencia se le hace daño. Así el hombre religioso y santo es podado por las tentaciones. Si va bien, se le detiene; esto es lógico. Pero Dios quiere que sin cesar digamos: «¡Adelante, siempre adelante!» ¡Deseamos vivamente oír que amamos a Dios, y sobre todo que el mismo Dios nos lo diga y nos lo haga sentir! ¡Pero Dios no quiere!

Cuando estamos satisfechos, cuando creemos contar el beneplácito de Dios, nada tememos; pero cuando Dios se oculta, cuando creemos que no nos ama y que nos abandona, entonces todo lo dejamos: ya se enfria nuestra devoción, nos creemos condenados y nos aterramos. Pero Dios obra así con nosotros porque todo cuanto tocamos lo corrompemos. Si nos dice alguna palabra amorosa, luego creemos haberla merecido y nos engalanamos con ella: no nos lo dice con otro fin que con el de animarnos, y ya creemos nosotros que es la expresión de nuestro mérito: volvemos entonces los ojos á nosotros mismos, y nos perdemos, convirtiéndonos en nuestro propio fin. Dios, que nos ama con amor sapientísimo, no puede contribuir á nuestra perdición: nos priva de la paz y nos pone en el campo de batalla para que trabajemos. Este es el momento de ejercitar la fuerza y la paciencia, pues las pruebas que Dios directamente nos ofrece son mas dolorosas que las que nos vienen de las criaturas. Es, pues, necesario armarse de paciencia en tales pruebas que Dios nos envía. «Nada puedo ¡oh Dios mío!; pero aunque me quitéis la vida, esperaré en Vós.» *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo.* Es preciso que Dios mate en nosotros al hombre viejo para que el hombre espiritual pueda vivir y conversar libremente con Dios.

Fijémonos, pues, en estas verdades, porque las pruebas no habrán de faltarnos. Sabed esperar el momento de Dios; dad tiempo á que madure la gracia, y tened paciencia, que la paciencia es la que hace los Santos.



LA MORTIFICACIÓN

SIGNO DEL ESPÍRITU DE JESÚS

*Semper mortificationem
Jesu in corpore nostro cir-
cumferentes, ut et vita
Jesu manifestetur in carne
nostra mortali.*

«Llevemos siempre en
nuestro cuerpo la mortifi-
cación de Jesús para que
su vida se manifieste en
nuestra carne mortal.»

(II Cor., IV, 10.)

NUESTRO Señor ha venido para sanarnos y comunicarnos vida más abundante. Nosotros estamos enfermos por naturaleza; en nosotros está el germen de todas las enfermedades del espíritu, así es que para caer en pecado no necesitamos del demonio: por nuestra propia naturaleza podemos condenarnos. Es cierto que el demonio nos tienta, pero ordinariamente nos tienta valiéndose de nosotros mismos: está en connivencia con nuestros enemigos interiores; mantiene inteligencias con la plaza, y sus palabras hallan eco dentro de nosotros mismos. El pecado original deja en nosotros inclinaciones malas, las cuales obran con más ó menos violencia, según somos nosotros más